



MACEDONIA

TRACIA

**MAR NEGRO
(PONTO EUXINO)**

TESALÓNICA

CASANDRA

VOLOS

TASSOS
SAMOTRACIA

ATENAS

THIRA

RODAS

CRETA

EL MEDITERRÁNEO
ORIENTAL EN ÉPOCA
DE LOS PTOLOMEOS
(SIGLO III A.C.)

MAR MEDITERRÁNEO

CIRENE

BERENICE
(BENGASI)

ALEJANDRÍA

GAZA

MAR MUERTO

FRANJA DE SEIR

PETRA

REINO
NABATEO

SINAÍ

GUIZA

MENFIS

LAGO MERIS
DIONISIAS

PTOLEMAIS
EVERGETIS
(ARSINOE)

OASIS DE
AL-BAHARIYA



OASIS DE
AL-FARAFRA



DESIERTO BLANCO

OASIS DE
AL-DAKHLA



OASIS
DE TEBAS
(AL-KHARGA)

LATÓPOLIS (ESNA)
APOLINÓPOLIS MAGNA
(EDFU)

RÍO NILO

TEBAS

MAR ROJO

SIENA (ASUÁN)

SANTIAGO BLASCO

EL MERCADER DE
ALEJANDRÍA

algaida



Primera edición: 2014

© Santiago Blasco, 2014

© Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9877-992-9

Depósito legal: M-603-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

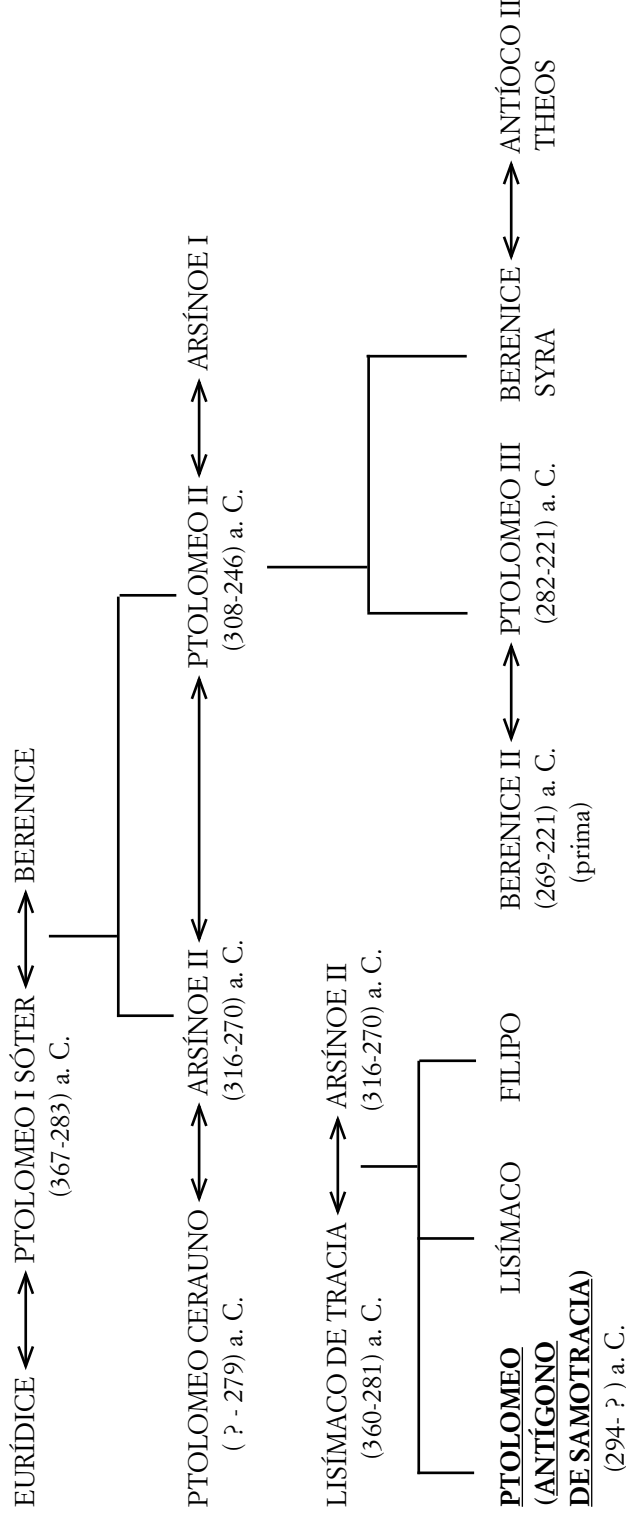
ÍNDICE

CUADRO GENEALÓGICO	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I	19
CAPÍTULO II	35
CAPÍTULO III	49
CAPÍTULO IV	65
CAPÍTULO V	83
CAPÍTULO VI	103
CAPÍTULO VII	115
CAPÍTULO VIII	127
CAPÍTULO IX	155
CAPÍTULO X	177
CAPÍTULO XI	193
CAPÍTULO XII	207
CAPÍTULO XIII	225
CAPÍTULO XIV	247
CAPÍTULO XV	263
CAPÍTULO XVI	285
CAPÍTULO XVII	297

CAPÍTULO XVIII	317
CAPÍTULO XIX	337
CAPÍTULO XX	353
CAPÍTULO XXI	369
CAPÍTULO XXII	385
CAPÍTULO XXIII	411
CAPÍTULO XXIV	419
CAPÍTULO XXV	429
CAPÍTULO XXVI	445
CAPÍTULO XXVII	459
PERSONAJES	467

***P**orque es la base que cimienta mis sueños;
Inspiración donde se asientan mis fantasías;
La columna que vertebra mi vida;
Apoyo incondicional.
Realmente, es el Pilar que sustenta mis estrellas.*

CUADRO GENEALÓGICO DE LA DINASTÍA PTOLEMAICA AFECTO EN LA NOVELA



INTRODUCCIÓN



LOS GRANDES VENTANALES ESTABAN ABIERTOS DE PAR EN PAR; dejaban que la brisa suave de un viento templado procedente del mar Mediterráneo, como si de un juego infantil se tratara, meciera los grandes visillos de seda que incansablemente se inflaban y giraban envueltos entre mil remolinos que les hacían rozar constantemente las decoradas molduras de mármol travertino de los altos techos de aquella majestuosa cámara. Era una estancia adornada con tonalidades terrosas, con cierto tono amarillento, que además tenía el privilegio de gozar de la vista más espectacular que se podía tener sobre la bahía de una de las ciudades más antiguas fundadas por la civilización griega.

Aquellos enormes huecos abiertos hacia el exterior daban acceso a una gran terraza cubierta en forma de templete, desde donde la lejanía infinita del mar azul se combinaba con barquitos de pesca que moteaban de pequeños puntos negros el horizonte marino, mientras se perdían hasta donde era capaz de divisar la vista. El perímetro de la suntuosa terraza estaba vigilado por seis columnas que permanecían unidas entre sí por medio de una ancha barandilla de obra, rematada por una balaustrada de barrotes gruesos de piedra caliza.

Resultaba muy fácil que la mirada se perdiera constantemente con las muchas referencias que desde aquella magnífica atalaya de observación tenía para elegir de entre las incontables distracciones que ofrecía semejante panorámica de Alejandría. También el lugar se prestaba para ocupar gran parte del tiempo con la inofensiva contemplación de aquel entorno inigualable, lo que facilitaba el ejercicio del simple abandono del espíritu por el sencillo placer de estar allí; tan solo dedicado a dejar pasar las horas mientras se observaba en calidad de testigo de excepción el transcurrir de la vida cotidiana de aquella gran urbe que creció con una rapidez inusitada, prácticamente de la nada, que nadie hubiera imaginado cuando tan solo era un pequeño y olvidado poblado de pescadores.

En un sitio preferente, una mesa de grandes dimensiones servía de soporte a una gran cantidad de pergaminos que se apilaban a la espera de ser revisados por su creador, quien no cesaba de dictar a sus ayudantes cuantos pasajes recordaba sobre los asuntos que debió acometer a lo largo de su extensa vida. Aquel hombre, consciente de su avanzada edad, llevaba por voluntad propia algún tiempo retirado de las funciones propias del Gobierno, aunque nunca dejó de preocuparse por los asuntos importantes de su reino. Atrás quedaban multitud de historias y acontecimientos muy personales, aún sin revelar, que permanecieron conservados de una manera nítida en su memoria, dispuestos a que un día decidiera contarlos alentado por ese dinamismo que nunca le permitió permanecer inactivo. Por eso, ayudado de varios escribanos y recluido en su residencia de verano, desde donde disfrutaba de ese incomparable recinto exclusivo al alcance de muy pocos, aquel sobre quien recayó la responsabilidad de dirigir durante muchos años los designios del imperio egipcio en una nueva y desconocida etapa dinástica caracterizada por el origen heleno en sus faraones, decidió

permanecer los últimos años de su vida acompañado por miles de escritos que consiguieron ocuparle el tiempo más gozoso y tranquilo de cuantos tuvo que consumir.

Corría el año 284 a. C., se sintió muy alentado por un incontenible deseo de concluir lo que consideraba la verdad incuestionable de su ya lejana vida pasada; la exposición ante el resto del mundo de unos imborrables recuerdos que debían servir para redimirle ante su conciencia de cualquier atisbo de crítica que se le pudiera ocurrir a su inagotable imaginación y ahora tenía la oportunidad de llevar a cabo su proyecto. Entretenido con su nuevo cometido, repasaba una y otra vez los contenidos de sus relatos porque no quería dejar nada al azar, y mucho menos, que se parecieran a algo que no fuera más que su estricta realidad.

Aquel anciano, que estaba muy sobrepasado de peso, se frotaba continuamente sus huesudas manos, en las que resaltaban unas gruesas venas cubiertas por una finísima capa de piel que parecía estar a punto de romperse, mientras trataba de recordar con la mayor verosimilitud posible sus memorias. Pensativo, de vez en cuando se rascaba la cabeza, ya despolada, a excepción de unos cuantos cortos cabellos canos por la parte de la nuca y por la zona de detrás de las orejas, en busca de la frase que mejor cuadrara con lo que quería decir. Sus ojos azules miraban hacia el infinito a la vez que pedía ayuda a los dioses para que le iluminaran en lo que consideraba su último trabajo pendiente. Nadie diría al verle tan disminuido que se trataba del sucesor más hábil de cuantos tuvo el gran Alejandro Magno; no era otro que su fiel comandante Ptolomeo Sóter.

Comenzó a releer su legado: «Nací hace ochenta y tres años en Macedonia en el seno de una familia noble, pero hubo muchos rumores sobre si era hijo ilegítimo del rey Filipo, y, por

tanto, hermanastro del propio Alejandro. A pesar de todo, desde que fuimos jóvenes, ambos gozamos de una estrecha amistad que con el tiempo se acrecentó de manera muy especial, lo que me sirvió para situarme en una posición privilegiada muy cerca de su entorno. Tanto fue así, que pronto se me asignó el delicado trabajo de actuar como su guardaespaldas personal, ocupación para la que seguramente me debió de seleccionar el propio Alejandro, quien prefería tener a su alrededor a gente de su total confianza que velaran por su seguridad y que fueran capaces de sacrificar su propia vida con tal de proteger la de su señor. Pero en este caso, además, nos reconocimos mutuamente como amigos íntimos, y ese añadido, junto con mi fuerza y habilidad para el combate, me hizo merecedor de tan alta distinción. Participé en innumerables batallas al lado de Alejandro y siempre me distinguí por la valentía y el arrojo frente al enemigo. En agradecimiento, se me entregó la comandancia de la flota macedonia. Tras la muerte de Alejandro, fui nombrado gobernador de Egipto y de Libia.

»Con todo, y a pesar de las importantes contrariedades que he debido superar, al final creo que he resultado ser el heredero más importante de los territorios conquistados por los macedonios. He intentado llevar la prosperidad a este imperio que antes vivía exclusivamente por y para el río Nilo; siempre supeditado a los caprichos de sus peligrosas crecidas. Amplié sus fuentes de riqueza gracias al establecimiento de una política acertada, tanto en su vertiente exterior como interior, no exenta de múltiples confrontaciones bélicas, y de peligrosas intrigas palaciegas urdidas por los inevitables enemigos que un soberano genera a lo largo de su reinado; envidias y pretensiones que siempre nacen de próximos codiciosos con el fin de obtener para sí el control del cetro de lo que fue el imperio de los faraones y que he sabido traspasar a mi hijo menor. Él será ahora

quien deberá encargarse de dar continuidad a nuestra estirpe y perpetuarla durante las generaciones futuras.

»Todo mandatario tiene manchas que limpiar en su gestión y mi caso no iba a ser distinto al de otros que me precedieron, ni lo será al de los que vengan después de mí, sobre todo después de tantos años de Gobierno. Ejemplo fehaciente de lo que digo fue la muerte en extrañas circunstancias de mi mejor adversario, Cleómenes, ya que siempre se creyó que posiblemente sucumbió envenenado por orden mía; pero eso quedará para que sea la historia quien lo descubra. De todos modos, ¿quién se atreverá a juzgar la conveniencia o no de una eliminación que representaba tanto riesgo para mis pretensiones que luego tan buenos resultados han supuesto para el imperio egipcio? Una vez que desapareció el único rival con suficiente capacidad para impedir mi llegada hasta lo más alto del poder, no tuve problema alguno para coronarme faraón. Así fue como conseguí establecer en Egipto las bases de lo que debía ser el inicio de mis generaciones venideras; aquellas que los sabios acordaron en llamar la dinastía ptolemaica, y a las que los sacerdotes auguraron toda clase de dones y protecciones ante los mismísimos dioses.

»En lo referente a la ciudad de Alejandría, aunque hace cuarenta y siete años que ayudé a Alejandro a fundarla, aún recuerdo como si fuera ayer la ilusión que pusieron todos los hombres por dejar su huella en las primeras obras. Quién nos iba a decir en aquellos momentos que pronto se convertiría en la capital de un imperio cuyos máximos responsables continuarían con sus formas helenas de hacer las cosas y con sus pensamientos al más puro estilo griego. También tengo presente con total nitidez en mi memoria, de igual manera que si ocurriera ahora mismo, que ocho años después del inicio de los trabajos, que fueron años plagados de intensos combates, confrontacio-

nes y negociaciones, de la noche a la mañana, la muerte arrebató a mi mejor amigo todos sus sueños. Cuando comprobé que mis macedonios no querían reconocerla como parte integrante del imperio, decidí concederle autonomía política. Desde prácticamente su nacimiento, esta ciudad se convirtió en una de las más prósperas e importantes del Mediterráneo gracias a la relevancia comercial que adquirió por sus estratégicos puertos, aquellos que potencié con todas mis fuerzas y en todo momento. Yo, que fui su primer faraón de origen heleno y que consentí pasar para la posteridad con el nombre de Ptolomeo I Sóter».

CAPÍTULO I



DEJÓ DE LEER PORQUE LE VINO A LA MEMORIA EL RECUERDO de su querida hija Arsínoe, nacida hacía 32 años, en el año 316 a. C., de su unión con su esposa Berenice. Era una mujer delgada y elegante que heredó los rasgos físicos más característicos de su progenitor. Ocho años mayor que el heredero al trono, su hermano Ptolomeo II, los dos compartían unos rasgos familiares muy acusados y parecidos; de alta estatura, propia del canon ideal de los dioses griegos, la pareja de hermanos se significaba por poseer un cabello oscuro, rizado y fino, que se ensortijaba conforme se acercaba a la frente, nuca y sienes. Presentaban una figura esbelta gracias a un alargado cuello que les potenciaba una delgadez más acusada de la que en realidad tenían, y también debido a una anchura de espaldas suave y poco voluminosa. La frente grande y bombeada les otorgaba un aire distinguido. Pese a lucir unos llamativos labios carnosos, bien combinados con un tabique nasal recto culminado en su punta por anchas fosas nasales, el conjunto de la cara no parecía armonioso a simple vista, acaso, debido a la existencia de prominentes pómulos que dejaban excesivamente hundidos en sus cuencas unos ojos muy saltones que sobresalían en el

rostro sobre cualquier otra característica que pudiera embellecerlos. Tampoco les favorecía estéticamente la existencia de un afilado mentón empinado hacia arriba que se desplazaba desde la barbilla hacia la dirección de la comisura de los labios, y que algunas veces con determinados gestos familiares muy definidos, que ambos repetían con cierta asiduidad, daba la impresión de que podría juntarse con el labio inferior.

Cuando Arsínoe contaba con dieciséis años de edad se pactó su matrimonio con el rey Lisímaco de Tracia, antiguo general de los ejércitos helenos, quien ya estaba cercano a los sesenta años, de los cuales, cuarenta había permanecido entregado de forma permanente a guerrear contra encarnizados enemigos. Al principio en favor de Alejandro Magno, y después en beneficio propio. Lo cierto era que parecía llevar la edad con bastante alegría; además, el soberano tracio se caracterizaba por su extraordinaria fuerza y por poseer un físico envidiable. Pese a todo, resultaba notorio que la diferencia de edad, tarde o temprano, acarrearía problemas que hacía necesario un acuerdo firme capaz de adelantarse a las controversias que pudieran surgir con posterioridad a la muerte de Lisímaco. La unión fue convenida meramente por motivos políticos con el fin de sellar una importante alianza que beneficiaba a ambos reinos, gracias a la labor diplomática de Ptolomeo I Sóter. Porque aquella boda, aunque evidentemente no fue por amor, sí que consiguió estabilizar las relaciones comerciales egipcias en una zona que siempre fue considerada por sus responsables diplomáticos de un valor estratégicamente muy importante. En otro orden de cuestiones, esta unión también produjo el nacimiento de tres varones: Ptolomeo, nacido en el año 294 a. C. Lisímaco y Filipo, nacidos dos y cuatro años después, respectivamente, quienes en virtud de los acuerdos pactados antes de la celebración de la boda real estaban llamados

a suceder a su padre, y por tanto, a reinar por derecho propio en Tracia, desplazando así al primogénito Agátocles, que Lisímaco engendró con su primera esposa Amastris.

Ocurrió que Arsínoe, durante los diecinueve años que permaneció casada al lado de Lisímaco de Tracia se caracterizó por ser una mujer peligrosamente conspiradora. Por eso, y ante las muchas dudas que le surgieron sobre el cumplimiento de los compromisos pactados, y con el fin de asegurar el trono para alguno de sus tres hijos, intrigó por todos los medios que tuvo a su alcance hasta que consiguió que su marido condenara a muerte a su primogénito. Para ello, fue acusado injustamente de traición y también de intentar envenenar a su propio padre. Ejecutado Agátocles, su viuda Lisandra, que también era hija de Ptolomeo Sóter pero de diferente madre, concretamente de Eurídice, y por tanto hermanastra de la propia Arsínoe, buscó venganza en la corte de Seleuco, rey de Siria y Babilonia, y antiguo general de Alejandro Magno, al que le correspondió en el reparto de los territorios conquistados la mayor porción de terreno. El sirio deseaba un pretexto para atacar a Lisímaco de Tracia, y este motivo le puso en bandeja una posibilidad de confrontación que aprovechó con todas sus fuerzas disponibles.

Afortunadamente para Ptolomeo I Sóter, este ya había fallecido cuando se produjeron los siguientes acontecimientos que dejarían marcada a su stirpe hasta su total desaparición.

El camino había quedado libre para que cualquiera de los tres hijos de Arsínoe pudiera hacerse con el trono de Tracia. Pero en el año 281 a. C., Seleuco declaró la guerra a Lisímaco y consiguió acabar con su vida, lo que obligó a la reina a huir de Tracia junto con sus hijos para salvarse de la misma suerte. En su atropellada huida se dirigió hacia Éfeso, para seguidamente refugiarse en la ciudad de Casandreia, en Macedonia, país donde acababa de ser proclamado rey su hermanastro

Ptolomeo Cerauno, que al igual que Lisandra era fruto del matrimonio de su padre Ptolomeo I Sóter con su tercera esposa Eurídice.

Ptolomeo Cerauno, quien había heredado los rasgos físicos de su madre; era más bien bajo, de tez muy morena y de cabellos foscos muy negros. Sin embargo, en el arte de la seducción se parecía mucho más a su padre. La llevó a su palacio de Tesalónica y allí la convenció con falsas promesas para que se casara con él, cuando en realidad lo único que pretendía era controlar la amenaza que suponían sus tres hijos para el futuro de su reinado, consciente de que tarde o temprano podrían reclamar su recién conquistado trono. Quizás pensó que al enemigo era mejor tenerlo lo más cerca posible. Por su parte, la reina se dejó seducir y aceptó su propuesta de matrimonio, principalmente movida por una inagotable ambición de poder, ya que en secreto también aspiraba al trono de Macedonia.

La nueva reina, mujer inteligente y sagaz, no necesitó mucho tiempo de estudio y observación para aprender la manera de operar del Gobierno de su hermanastro, ni tuvo que esperar demasiado a que se presentara una oportunidad para llevar a cabo su plan. Esta vez no actuó sola; ayudada por sus hijos volvió a conspirar contra su nuevo esposo, mientras él se encontraba lejos en una campaña militar. Pero para su desgracia, la trama se descubrió y el mismo rey Ptolomeo Cerauno, en un precipitado viaje de regreso, se presentó por sorpresa en palacio varias horas después de despuntar el alba de aquel fatídico día, después de un fatigoso camino de vuelta sin apenas descansar más que lo estrictamente necesario.

—¿Dónde está la reina? —preguntó nada más llegar.

—En sus aposentos, señor —contestó uno de los sirvientes.

—Avisa de mi llegada y que se presente en la sala del Consejo.

—¡Tú! Ve a buscar a sus hijos y tráelos también a mi presencia —ordenó a otro sirviente.

—Esposo mío; ¿ocurre algo? —preguntó sobresaltada cuando apresuradamente se personó en la gran sala.

Antes ya había avisado a sus hijos de la presencia de su esposo, como si de una premonición se tratara.

—¿Debía ocurrir algo para preocuparme?

—Nada, que yo sepa.

—¿Entonces, por qué esa excitación?

—Estoy sorprendida por tu inesperado regreso; pensé que algo malo te había ocurrido en el campo de batalla.

—¡Tienes razón! Algo malo ha ocurrido.

—¿Qué ha sido?

—¡Información! ¡Ha sido una información que he recibido!

—No entiendo.

—Te voy a presentar a mi más fiel consejero.

—¿De quién se trata? ¿No conozco a todos?

—¡A todos no! Este es especial, trabaja como mejor le place, casi siempre en la sombra, solo para proteger los intereses de mi reino y los míos propios.

Hizo un gesto con la mano, y enseguida se abrieron los grandes portones de madera maciza para dejar paso a un alto y elegante griego, de cabellera larga y barba muy poblada, ambas muy moteadas con extensas canas. Su porte le permitía lucir una preciosa túnica que le cubría desde los hombros hasta los pies. Cuando llegó a una distancia prudencial de los soberanos hizo una reverencia en señal de respeto, y esperó a recibir contestación mientras mantenía una mirada salvaje hacia la reina a través de sus penetrantes ojos verdes.

—Quiero que conozcas al mejor asesor de mi reino. Su nombre es Pirros, lleva conmigo tantos años que ya no recuer-

do el día que nos conocimos. Es más, yo diría que nunca he tomado decisión alguna sin contar con sus consejos.

Ptolomeo Cerauno se apresuró en hacer las presentaciones.

—Acércate hasta nosotros.

—Gracias —contestó con voz solemne.

—Cuenta a la reina tus informaciones.

—Bien; los hijos de la reina han conspirado contra tu trono.

—¡Eso es mentira! —contestó airada Arsínoe.

—¡Querida!, déjale terminar.

—¡No puedo permitir semejante calumnia!

—¡Por favor!, continúa —intervino el rey.

—Han hablado con algunos disidentes de las más altas esferas sociales para proponerles una insurrección general contra tu mandato, y les han prometido que a tu muerte formarán parte del futuro Gobierno.

—¡Mis hijos son demasiado pequeños para promover tales desmanes!

—¡Eso es verdad! Por eso han formulado muchas promesas en nombre de la reina, su madre —continuó Pirros.

—¡Es mentira!

—¡Es verdad! ¡Han buscado apoyos para conseguir derrocarte! —levantó la voz Pirros.

—¿Cómo lo sabes, Pirros? —preguntó Ptolomeo Cerauno.

—Ante el hijo mayor de la reina me hice pasar por un contrario a tu Gobierno, y cuando estuvo convencido de mi descontento me propuso dar un golpe de mano contra el rey; me contó que ya había muchos disidentes y que solo esperaban la confirmación de un alto mando militar para iniciar la sublevación y apoderarse de tu reino.

—¡Todo es mentira, lo único que mereces es que se te escupa a la cara por farsante y mentiroso! —le increpó la reina.

—¡Yo solo me debo a mi rey! —contestó Pirros.

—¡Es muy fácil engañar a un muchacho inexperto que solo quiere jugar a ser rey; para eso no hace falta ser tan listo! ¡Si toda tu inteligencia para lo único que te sirve es para poner en aprietos a un joven, mereces que te corten la lengua y que te azoten hasta que mueras! —le sentenció Arsínoe.

—¿Con cuántos hablaron en mi ausencia? —preguntó el rey sin perder la compostura.

—¡Con muchos! —contestó Pirros.

—¡Demasiados para promover un juicio del que no sacaríamos nada en claro! Si les hago venir se eternizarán los interrogatorios, y además contarán todas las mentiras que crean que deseo oír —explicó Ptolomeo Cerauno.

—¿Qué deseas que haga, mi señor?

—¿Quiénes aceptaron sus planes? —volvió a preguntar el rey.

—No lo sabemos; conversaron con muchos, pero no tenemos constancia de quiénes dieron su aprobación o prometieron su colaboración.

—¡No entiendo cómo puedes fiarte de este traidor! —le increpó Arsínoe a su esposo.

—¡Calla mujer! ¡Has de saber que Pirros ha actuado por órdenes mías!

—¿Has sido capaz de espiar a tu propia familia?

—No soy un ingenuo. A estas alturas deberías saber que tu fama te precede a donde quiera que vayas, y no iba a ser una excepción mi reino. No supondrías que iba a alejarme de mi trono sin dejar a nadie encargado de vigilar tus movimientos, ¿verdad?

—¡No te reconozco! ¡No queda nada de aquel joven siempre dispuesto a ayudar!

—Desde que naciste te he visto demasiadas veces manipular a los demás; conmigo no sirven tus ardides; te conozco

demasiado bien; recuerda que somos hijos del mismo padre, y eso es lo único que te puede salvar de una muerte horrible.

—¡Más a mi favor para no entender tu comportamiento!

—Ahora me hablas de familia; no creo que se te haya olvidado la manera que tuvo nuestro padre de repudiar a mi madre.

—No lo recuerdo, porque aún no había nacido.

—Gracias a tu familia, la mía sufrió todo tipo de vejaciones; se nos apartó del lado de mi padre y de todo lo que suponía vivir en palacio. Jamás se me permitió conversar con mi padre a solas; siempre tenía que haber un representante de tu familia por si tramábamos algo.

—No tengo constancia de todo esto que cuentas. Además, nuestro padre no era un hombre que se dejara dominar por nadie; dudo mucho que accediera a esas cuestiones si no era por voluntad propia. En todo caso, los menos responsables de esas calamidades que me cuentas son mis tres hijos. No permitiré que el pago de unas supuestas ofensas recaigan sobre las cabezas de mis hijos.

—¡Supuestas! ¡Dudas de la veracidad de mis palabras! ¡Es lo último que me quedaba por oír en mi propia casa!

—Quiero decir que las apreciaciones suelen ser muy personales, y por tanto, las valoraciones sobre la gravedad de las mismas son siempre contradictorias.

—¡Nunca te ha faltado palabrería! ¡Siempre has tenido una frase oportuna con la que salir de un atolladero! ¡Veremos lo bien que has educado a tus hijos en el arte del engaño!

A una señal del soberano aparecieron en la sala sus dos hijos más pequeños custodiados por varios guardianes.

—¡Soltad a mis hijos! —les ordenó la reina.

—¡En cuanto aclaren las informaciones de Pirros! —contestó el rey.

—¡Son demasiado jóvenes para defenderse de las acusaciones de este vendido! ¡No tienen experiencia alguna para competir contra este espía de colmillo retorcido! ¡No tienen nada que hacer frente a sus falsas acusaciones!

—¡Si han sido lo suficientemente mayores para promover una rebelión, también lo son para contestar a un simple interrogatorio!

—¡Dirás un juicio! ¡Una burda pantomima en la que por tus propias manifestaciones ya existe una firme sentencia condenatoria!

—¡Puedes defenderlos tú misma si lo consideras oportuno, o si tienes algo nuevo que contarnos! —Pirros le hizo la observación mientras esbozaba una cínica sonrisa.

—¡Cobarde! ¡Sabes de sobra que no puedo!

—¡Una lástima! —contestó Pirros.

—¡Falta el mayor! ¿Dónde está Ptolomeo? —se dirigió el rey a los guardias.

—No sabemos, señor. Hemos buscado por todos los sitios pero no aparece.

—¡Buscad sin cesar, le quiero ahora mismo en mi presencia!

—Si te parece, podemos comenzar con estos dos hasta que sea localizado Ptolomeo. Casi es mejor así, para dejar solo al mayor —solicitó Pirros.

—¡Está bien! ¡Comienza!

La reina guardó un doloroso silencio; sabía que no podía inculparse como responsable del conato de insurrección, pues su condena casi con toda seguridad sería la pena capital, que también se haría extensiva para sus hijos, lo que significaba que todos correrían su misma suerte. La única posibilidad que les quedaba para salir con vida de este problema era que ella quedara al margen de las graves acusaciones y que pudiera

convencer al rey para que tomara aquello como una travesura de unos adolescentes. Por tanto, debía permanecer impasible, viera lo que viera, y rezar a los dioses para que su marido fuera indulgente con los arrestados. La inteligente reina enseguida se hizo comprender por sus aterrados hijos simplemente con la mirada, quienes rápidamente comprendieron el significado de sus señas, ya que aquella era una situación que habían previsto y ya la habían ensayado de antemano. En un principio cumplieron su papel al detalle; sin embargo, no tardaron mucho tiempo en desmoronarse ante las insistentes preguntas de Pirros, que cada vez los acorralaba con más fuerza, hasta que terminaron por confesar de plano su responsabilidad en el asunto; eso sí, sin implicar a su madre tal como tenían aprendido. En este punto, siguieron el guion al pie de la letra todos menos Ptolomeo, quien seguía sin aparecer por ninguna parte. Después de formularles muchas preguntas y de conseguir que confesaran entre sollozos su implicación, Pirros cesó con el interrogatorio para dirigirse nuevamente hacia su soberano.

—¡Está bien! ¡No quiero cansar más al rey con inútiles preguntas! Parece que no hay duda sobre su culpabilidad.

—¡Estás en lo cierto! —añadió Ptolomeo Cerauno.

—¿Qué castigo propones? —preguntó Pirros al rey.

—Los hechos son muy graves —contestó el rey.

—¡Esposo mío! ¡Son tus sobrinos! ¿No comprendes que jugaban a ser reyes?

—¡Calla! ¡Mis informadores me dijeron que tú estabas detrás de todo esto! Lo que pasa es que tienes muy bien aleccionados a tus hijos y han conseguido sembrar la duda sobre tu participación en esta trama.

—Si me dejas un tiempo a solas con ellos en las mazmorras, te garantizo que les sacaré la verdad —se ofreció Pirros para volver a interrogarlos.

—¡No! ¡Antes prefiero que acabes con mi vida! ¡Haré lo que me pidas! ¡Haré lo que quieras, pero déjales en paz! —Arsínoe saltó de su asiento como un resorte.

—Ya no hace falta; tenemos sus confesiones y todavía nos falta por interrogar al mayor; seguramente el más activo y peligroso.

—¿Entonces, qué sentencia les impones? —volvió a preguntar Pirros.

—¡Yo, ninguna! ¡Ha sido su propia madre quien se la ha impuesto antes! ¡Me voy a limitar simplemente a ordenar que se ejecute en el acto!

—¿En el acto? —preguntó aterrada Arsínoe.

—¡Sí! ¡Aquí, y ahora mismo!

Ante la madre perpleja, acudieron varios carceleros que de inmediato sujetaron a los reos para aplicarles la sentencia dictada para el perdedor del juicio, tal como había señalado momentos antes la propia Arsínoe cuando se refirió a Pirros. Los lamentos y lloros de espanto muy pronto se transformaron en gritos desgarradores de dolor, cuando procedieron a estirarles las lenguas con una especie de pinzas, cuyas puntas acababan en ganchos romos, de las que los verdugos tiraban con fuerza. Para cuando sonó el fatídico golpe seco del corte de las pequeñas espadas al chocar sus hojas incandescentes contra una base de madera, para entonces, ya se había desmayado la reina, incapaz de soportar por más tiempo la sanguinaria visión del martirio de sus dos hijos pequeños. Quedó inconsciente recostada sobre su sillón real mientras aquellos inolvidables alaridos retumbaban por todos los rincones del palacio y fueron guardados para siempre en la memoria de los allí presentes. La continuación del castigo culminó muy pronto para ambos, pues los jóvenes estaban tan debilitados por la cruenta pérdida de sangre que apenas aguantaron despiertos unos cuantos latigazos.

Después, el silencio se apoderó de la gran sala a excepción del ruido que emitían los golpes del cuero trenzado cuando chocaba contra sus cuerpos en repetidas ocasiones, hasta que fallecieron despellejados y desangrados a manos de sus ejecutores.

Ptolomeo Cerauno ordenó asesinar en presencia de su esposa y hermanastra Arsínoe, a dos de sus hijos, Lisímaco y Filipo. El hijo mayor, Ptolomeo, se salvó momentáneamente del castigo porque a pesar de los esfuerzos no consiguieron encontrarle, o al menos eso fue lo que pensó el rey, quien mantuvo la orden de búsqueda intensa hasta que apareciera. Sin embargo, el condenado a esa horrible muerte no se encontraba muy lejos del lugar de los hechos.

El joven Ptolomeo tenía fama de precoz y de ser muy aficionado al escapismo. En Tracia había tenido como profesores a los mejores magos e ilusionistas del reino, y todos coincidían en que poseía grandes dotes y cualidades para desarrollar esa especialidad tan difícil del transformismo. Le gustaban los disfraces, y disfrutaba mucho con personajes ficticios que su inagotable imaginación creaba para entremezclarse con la gente sin que nadie pudiera descubrir su verdadera identidad. Sus imitaciones y caracterizaciones eran de una calidad excelente, impensable para alguien de su edad. Su cara maleable le daba esa capacidad de adaptación para convertirse en cualquier personaje. Sin embargo, sin disfraces que le camuflaran no podía negar sus orígenes helenos, y mucho menos el sello de la dinastía ptolemaica.

Aquella mañana, el azar se alió con sus magníficas habilidades para pasar desapercibido entre sus más cercanos familiares, e hizo posible que Ptolomeo se encontrara en la misma sala del Consejo camuflado entre los sirvientes más jóvenes. Su idea fue en un principio gastar una de sus habituales bromas a varios consejeros cuando le pidieran que les sirviera cualquier

cosa, preferiblemente un refrigerio. Entonces, en el movimiento que debía hacer para atenderlos, dejaría caer sobre ellos una copa o quizás una bandeja, con la consiguiente mofa ante su inevitable enfado.

En cuanto se percató de la tragedia, no tuvo más remedio que cambiar sus planes sobre la marcha y madurar muchos años en cuestión de pocos minutos. Sus movimientos perfectos, sus ademanes y compostura, no levantaron sospecha alguna entre los asistentes, pero no pudieron evitar que fuera testigo de excepción del trágico final que allí aconteció a sus hermanos. En varias ocasiones incluso sirvió vino a su tío y a Pirros; sin embargo, su sangre fría le hizo ver que no era el momento para desmoronarse, que si quería salvar su vida debía continuar con la parodia que había comenzado y mantenerse firme hasta que todo hubiera finalizado. Posiblemente, en ese día forjó una gélida y pétrea personalidad que le acompañó durante el resto de su vida. En muchos momentos tuvo que cerrar los ojos, e incluso pensar en otras cosas para no oír las extenuadas peticiones de auxilio y clemencia que Lisímaco y Filipo proferían cuando sentían el intenso dolor. Con una ira contenida que jamás había sentido, juró vengar sus muertes, pero fue consciente de que su primera obligación consistía en salvarse a él y a su madre, porque la suerte de sus hermanos estaba ya decidida y nada se podía hacer por ellos, excepto desearles una muerte digna y rápida.

A pesar de la gran pena que sintió en su corazón, aquella mañana aprendió a permanecer impávido ante los más duros acontecimientos, a analizarlos con frialdad y a actuar en consecuencia según sus propios intereses. Descubrió que el ser humano es capaz de aguantar lo que ni él mismo puede imaginar cuando está en juego la propia vida; también aprendió que la venganza es un manjar que sabe mejor cuando se sirve con mucho tiempo de reposo.

Cuando todo concluyó se retiró junto con el resto del servicio, y aguantó como pudo en las dependencias de los criados mientras tuvo que realizar todo tipo de trabajos domésticos hasta que consiguió salir de palacio, camuflado entre un grupo de sirvientes a quienes se les había solicitado varios encargos y recados en el exterior. Una vez fuera, se las ingenió para comenzar a trabajar en la organización de lo que pensó era de primordial importancia para su futuro más inmediato: su fuga del país y también la de su madre.

Desde aquel mismo día, juró que no descansaría hasta conseguir la liberación de su madre y la huida de Macedonia, o moriría en el intento. También se despidió de sus opulentos vestidos y de todas las refinadas costumbres a las que estaba tan acostumbrado, porque entendió que si quería recuperar la libertad para ambos sus ropajes debían ser los mismos que usaban los numerosos muchachos que trabajaban en palacio.

El riesgo de ser descubierto por el responsable del servicio, personaje equivalente a un mayordomo de máximo grado, era muy elevado pues conocía a todos los que servían en las distintas dependencias; debía tener sumo cuidado para no coincidir con él y para no dejarse numerar en los frecuentes recuentos, pues acabaría por darse cuenta de que sobraba un criado. Por eso, pensó que lo mejor sería no acudir nunca con los otros ni para comer ni para dormir; creyó que aunque extremadamente peligrosa, esa era la única manera que tenía a su alcance de llegar hasta su madre para contarle sus planes, y también para obtener un dinero imprescindible que le debía servir para adquirir los medios necesarios y para comprar algunas voluntades y silencios. Pero pronto comprendió que si no encontraba una rápida solución, tarde o temprano terminarían por reconocerle, y ahí acabaría su sueño de libertad.

Se armó de valor, y de nuevo se preparó para regresar con el colectivo de sirvientes al interior del palacio de su tío. Pero unas horas antes de acudir a la plaza donde todos habían sido citados, hizo lo posible para intimar con otro sirviente de su misma edad y apariencia física a quien invitó a unas jarras de vino, con el poco dinero que llevaba encima, con el fin de que le explicara el nivel de celo que el encargado ponía en el control del personal de servicio a su cargo. Cuando creyó que el criado estuvo lo suficientemente borracho, ambos salieron abrazados a la calle y se dirigieron hacia un descampado situado a las afueras de la ciudad, muy conocido por la población por el uso al que habitualmente estaba destinado; concretamente se caracterizaba por la existencia en su explanada de piras funerarias dedicadas en exclusiva a la cremación de cadáveres. En aquellos momentos el lugar estaba solitario y aún quedaban rescoldos de la última incineración practicada. A los muchachos les pareció divertido acercarse por la zona para rastrear posibles pertenencias de aquellos que ya abandonaron el mundo de los vivos. Cuando estuvieron frente a una gran hoguera todavía sin apagar en su totalidad, se quedaron extasiados al contemplar el color rojizo de los leños aún incandescentes y al escuchar el crepitar de los mismos que, retorcidos, parecían revolverse unos contra otros.

Ptolomeo miró hacia todos los lados, y cuando comprobó que no había nadie a su alrededor, comenzó a rastrear con un palo los rescoldos aún humeantes por si pudiera encontrar algo de valor que mereciera la pena para hacer dinero. La fortuna se alió con él y enseguida encontró una pulsera fina de oro que rápidamente se apresuró a mostrar a su compañero. Insopechadamente, quien le acompañaba en la búsqueda intentó tirar de ella para quitársela. Ptolomeo se resistió y recibió como respuesta un puñetazo en el estómago. Cayó al suelo retorcido

por el dolor pero no soltó la joya; sabía que era la única manera a su alcance de obtener un dinero que necesitaría, ahora que se encontraba solo y que no podía contar con nadie que acudiera en su ayuda. El otro muchacho, mucho más fuerte, no cedió en su empeño y se abalanzó contra él para arrebatarse el preciado bien mientras le propinaba golpes por todo el cuerpo. Al ver que no lo soltaba, cogió una piedra medio calcinada que encontró a su lado y la levantó para impulsarla con fuerza sobre la cabeza de su víctima. Sin embargo, el atacante, cegado por el ansia no se percató de que Ptolomeo consiguió coger una daga que llevaba camuflada bajo su cinto. No tuvo dudas; era él o ese que quería matarle para después robarle. Allí mismo, sin mediar palabra alguna, asestó a su compañero de escapada una puñalada en pleno corazón que le sesgó la vida de inmediato, sin que fuera capaz de emitir el más mínimo quejido. Se incorporó como pudo de la paliza recibida, le quitó los ropajes, y acto seguido le precipitó hacia un fuego a punto de apagarse que de inmediato avivó con más ramajes secos para que consumiera lo antes posible el cuerpo ya inerte. Ptolomeo permaneció impasible en la escena de la pelea para comprobar que quedaba completamente irreconocible el cadáver. Después, se puso sus ropas y se marchó del lugar en busca del resto de sus compañeros de trabajo para entrar junto con ellos a las dependencias de palacio; sin haberlo buscado, mientras se reponía del duro castigo, se dio cuenta de que acababa de eliminar el problema de los arriesgados recuentos del responsable del personal de servicio.

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN



NOMBRE	CARACTERÍSTICAS
Ptolomeo I Sóter	General de Alejandro Magno. Rey de Egipto
Lisímaco de Tracia	General de Alejandro Magno. Rey de Tracia
Ptolomeo Cerauno	Hijo de Ptolomeo I Sóter y Eurídice. Rey de Macedonia
Ptolomeo II	Hijo de Ptolomeo I Sóter y Berenice
Arsínoe II	Hija de Ptolomeo I Sóter y Berenice. Esposa de Lisímaco de Tracia, de Ptolomeo Cerauno y de Ptolomeo II
Pirros	Asesor de Ptolomeo Cerauno
PTOLOMEO (ANTÍGONO DE SAMOTRACIA)	Hijo mayor de Lisímaco de Tracia y Arsínoe II
Lisímaco	Hijo de Lisímaco de Tracia y Arsínoe II

Filipo	Hijo de Lisímaco de Tracia y Arsínoe II
Arsínoe I	Primera esposa de Ptolomeo II. Madre de Ptolomeo III
Casandro	Consejero de Ptolomeo II
Teófilo y Filomena	Taberneros de la isla de Samotracia. Padres de Helena
Helena	Primer amor de Antígono de Samotracia
Ardaván	Capitán de la nave comercial
Poliperconte	Pastor de la isla de Samotracia. Prometido de Helena
Ptolomeo III	Hijo de Ptolomeo II
Sóstrato de Cnido	Arquitecto del faro y de la necrópolis de Alejandría
Solón	Encargado de los primeros negocios de Antígono
Idrias	Guardaespaldas de Antígono
Demetrio el Cireno	Padre de Idrias
Kamala	Esposa de Antígono
Darak El Harti	Padre de Kamala
Dionisos	Mercader de Alejandría
Apeles	Mercader de Rodas
Fidias	Mercader de Atenas
Artabazo	Mercader de Alejandría
Teos	Mercader de Alejandría

Auletes	Mercader de Alejandría
Arrideo	Mercader de Alejandría
Capitán Lagos	Jefe de la Guardia Real. Responsable de la caravana del oro
Agátocles	Sabio de Ptolomeo III



MACEDONIA

TRACIA

**MAR NEGRO
(PONTO EUXINO)**

TESALÓNICA

CASANDRA

VOLOS

TASSOS
SAMOTRACIA

ATENAS

THIRA

RODAS

CRETA

EL MEDITERRÁNEO
ORIENTAL EN ÉPOCA
DE LOS PTOLOMEOS
(SIGLO III A.C.)

MAR MEDITERRÁNEO

CIRENE

BERENICE
(BENGASI)

ALEJANDRÍA

GAZA

MAR MUERTO

PETRA

FRANJA DE SEIR

REINO
NABATEO

SINAÍ

GUIZA

MENFIS

DIONISIAS

LAGO MERIS
PTOLEMAIS
EVERGETIS
(ARSINOE)

OASIS DE
AL-BAHARIYA



OASIS DE
AL-FARAFRA

DESIERTO BLANCO

OASIS DE
AL-DAKHLA



OASIS
DE TEBAS
(AL-KHARGA)

LATÓPOLIS (ESNA)
APOLINÓPOLIS MAGNA
(EDFU)

RÍO NILO

TEBAS

MAR ROJO

SIENA (ASUÁN)